

El día después de la bronca que habíamos tenido tras la noche con Jon e Itziar amaneció distinto. Yo tenía la sensación de que la luna de miel se me estaba resbalando entre los dedos, y decidí que no podía permitirlo. Quise recuperar lo que se había torcido, recomponer las piezas de nuestra ilusión recién estrenada.

Por eso me empeñé en organizar excursiones, en planear salidas que nos alejaran de cualquier tentación o sombra de la noche anterior. La primera parada fue volver a un cenote. En las inmediaciones del hotel, había varios, y elegí otro diferente al de mi primera excursión. Este también estaba escondido en medio de la selva. Bajamos por unas escaleras de madera que crujían con cada paso, hasta que el agua cristalina apareció ante nosotros, como un espejo azul profundo.

Patricia se detuvo unos segundos a observarlo, con esa mezcla suya de ironía y asombro.

— Es increíble... —dijo en voz baja, y por un instante la vi rendirse al encanto natural, sin máscaras.

La animé a tirarse conmigo al agua, y lo hizo entre risas. Allí, en medio de aquel silencio roto solo por las gotas cayendo de las estalactitas, recuperé algo de la Patricia de antes: juguetona, luminosa, sin necesidad de dobles sentidos. Nadamos, nos sumergimos cogidos de la mano, y yo sentí que la grieta de la primera noche se estrechaba un poco.

Después vinieron las ruinas mayas. Caminamos bajo el sol abrasador entre templos que parecían susurrar historias de poder y sacrificio, con todo el peso de la historia ante nuestros ojos. Patricia se quejaba del calor y de los insectos, pero no perdía la curiosidad: preguntaba, se interesaba, hacía fotos con un entusiasmo inesperado. A ratos, me abrazaba por la espalda, como queriendo recordarme que también ella deseaba disfrutar de ese viaje.

De regreso a Playa del Carmen, en la playa, al atardecer, la escena parecía sacada de un cuadro: el cielo pintado de naranjas y violetas, la arena fina bajo los pies, las olas suaves besando la orilla. Patricia se recostó sobre una toalla y me miró con una sonrisa serena, casi infantil muy alejada de la sofisticación y frialdad habitual en ella.

— Esto sí que es luna de miel —murmuró, como si quisiera reconocer que, por fin, habíamos logrado salir del bache.

Y en ese instante, viendo cómo el viento jugaba con su cabello húmedo y cómo sus ojos se rendían al horizonte, sentí que todavía había camino para nosotros. Que, aunque la primera noche había dejado heridas, quizá podía remendar lo que se había roto.

Después de aquel atardecer en la playa, con la arena aún pegada a nuestros tobillos y el rumor del mar colándose entre nosotros, Patricia se levantó de la toalla y, sin mirarme del todo, dijo con un tono ligero, casi juguetón:

— Bueno... ¿y qué hacemos esta noche? Porque no pienso irme a dormir temprano otra vez.

Lo dijo riéndose, pero su mirada tenía un filo. Yo entendí la indirecta, esa sombra que todavía flotaba entre los dos desde la primera noche. No quería que el fantasma de lo ocurrido nos persiguiera todo el viaje, así que respondí con naturalidad:

— Podríamos cenar en el hotel y luego dar una vuelta. He visto que hay un bar en la playa, con música en directo.

— Música en directo... —repitió ella, como saboreando la idea—. Vale, suena mejor que el silencio.

Esa noche nos arreglamos como si fuéramos a una cita. Ella apareció con un vestido rojo ligero, que caía como seda sobre su piel tostada por el sol, y yo no pude evitar quedarme mirándola. Patricia lo notó y se inclinó para susurrar:

— A ver si hoy no te me desinflas.

— Pues prométeme que no harás explotar...

Ella sonrió sin responder.

El bar de la playa estaba iluminado con antorchas y farolillos colgados entre las palmeras. Una banda tocaba música mejicana de toda la vida, pero ligeramente actualizada, y la brisa arrastraba el olor del mar hasta las mesas. Nos sentamos cerca de la orilla, y el sonido de las olas acompañaba cada acorde.

Patricia pidió un mojito, yo una cerveza. Brindamos, y por un momento parecía que todo fluía. Reímos con las ocurrencias del grupo de música, bailamos torpemente sobre la arena, y ella, descalza, giraba con los brazos en alto como si estuviera celebrando algo invisible. Yo la observaba y me repetía que ese era el viaje que había soñado.

Pero incluso en medio de la música y las risas, notaba pequeñas grietas. Sus miradas se perdían a veces hacia otras mesas, observando a la gente, a las parejas, como si buscara estímulos o comparaciones. En un momento, mientras bebía de su mojito, dijo:

— ¿Te das cuenta de que aquí la gente se suelta más que en España? Parece que todo está permitido...

— Es el ambiente, las vacaciones... —respondí.

— O simplemente que no tienen miedo a vivir lo que desean.

La frase quedó flotando entre nosotros. Yo sonreí con cautela, y preferí no darle pie a seguir. Le ofrecí mi mano para bailar otra vez, y ella aceptó. Bailamos más pegados, con los pies hundiéndose en la arena, y por un instante recuperamos esa conexión física, ese calor que había quedado en suspenso.

Cuando volvimos a la villa, el eco de la música todavía nos seguía. Patricia dejó los tacones en la entrada y se dejó caer sobre la cama, riéndose. Me miró con ojos brillantes por el alcohol y la emoción, y dijo:

— ¿Ves? Esto ya empieza a parecer una luna de miel de verdad.

Casi sin darnos cuenta, llegó la tan temida última noche. No es fácil hacer un resumen tantos días y tantas noches de lujo, glamour y pasión, y cuando se acercaba el final, nuestro ánimo empezó a rebajarse.

Como punto final a nuestra maravillosa estancia en México, decidimos ir a un espectáculo con cena. Nos apetecía algo menos folclórico y más actual. Patricia tenía ganas de bailar y de beber. Me lo había dejado muy claro.

Patricia había tardado más de lo habitual en arreglarse aquella noche, y la espera había merecido la pena —o el vértigo, pensé al verla salir del vestidor. Llevaba un vestido de gasa negra con transparencias estratégicas, que dejaban insinuar más de lo que ocultaban. El escote, pronunciado, se deslizaba en un vértice peligroso que atraía todas las miradas de inmediato, y la espalda quedaba descubierta casi por completo, solo atravesada por un par de tiras finísimas que parecían estar allí más por capricho que por sostén.

Los tacones, altísimos, eran de un rojo intenso que contrastaba con el negro del vestido, y al caminar parecían dictar un ritmo propio, haciendo que sus caderas se mecieran con una cadencia hipnótica. Había recogido parte de su melena en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos que le caían por los hombros, suavizando la imagen explosiva con un toque de descuido calculado.

El maquillaje, como siempre en ella, jugaba con el filo entre la elegancia y la provocación: labios en un rojo profundo, ojos delineados con precisión felina y una ligera sombra dorada que reflejaba la luz de la habitación cada vez que giraba el rostro.

Cuando me vio observándola sin pestañear, sonrió con ese gesto suyo de mujer segura de sí misma, ladeando la cabeza.

— ¿Demasiado? —preguntó con ironía, dándose media vuelta para mostrarme la espalda y dejar que la tela se pegara a su figura como una segunda piel.

Yo tragué saliva, consciente de que la pregunta no necesitaba respuesta, y aún así murmurando:

— Nunca lo es contigo.

Patricia se me acercó despacio, con ese caminar suyo que parecía diseñado para poner a prueba mi paciencia. El vestido se abría con cada paso, dejando entrever la piel bronceada de sus muslos. Al llegar a mi lado, apoyó una mano ligera sobre mi pecho y me miró con una mezcla de ternura y picardía.

— Esta noche quiero pasármelo bien —me dijo, casi susurrando—. Quiero beber, quiero bailar... y no quiero que tu sosería habitual me corte las alas. ¿Me lo vas a permitir?

Me reí nervioso, intentando sonar firme, aunque ella sabía que me tenía atrapado.

— De acuerdo —respondí—. Pero con una condición: no te pases.

Ella arqueó una ceja y me lanzó esa sonrisa traviesa que siempre me desarmaba.

— ¿No pasarme? —repitió, como si la idea le resultara divertida—. Cariño, si me porto bien... la noche será divertida. Pero si me porto mal... puede ser inolvidable.

Se inclinó hacia mi oído, dejando que el perfume de su piel me envolviera, y añadió con voz baja:

— Si esta noche me dejas volar, te prometo una noche loca cuando volvamos a la villa. De esas que no se olvidan.

Me quedé en silencio unos segundos, debatiéndome entre la prudencia y el deseo. Ella se apartó con un guiño, como quien sabe que ya ha ganado la partida antes de empezar.

La llegada fue un espectáculo en sí misma. El taxi nos dejó frente a un edificio iluminado con luces de colores cálidos, que bañaban la fachada colonial y la hacían parecer una postal de otra época. Desde la calle ya se escuchaba el murmullo de la música: tambores suaves mezclados con trompetas, un ritmo que parecía flotar en el aire cargado de humedad tropical.

Patricia bajó primero, con paso seguro, con el vestido brillando bajo los focos. El escote insinuante y las transparencias parecían haber sido diseñados para ese lugar y esa noche. Varias miradas se posaron en ella cuando cruzamos la entrada, y yo no pude evitar sentir ese orgullo incómodo que mezclaba el deseo de mostrarla y el miedo de que otros la desearan demasiado.

Un camarero uniformado nos condujo al interior. El espacio era amplio, con techos altos y lámparas de cristal que reflejaban los destellos del escenario. Pequeñas mesas redondas rodeaban una pista central, iluminada tenuemente por antorchas artificiales que imitaban fuego real. El ambiente olía a una mezcla de ron, perfume caro y humo de velas aromáticas.

Nos sentaron cerca del escenario, en una mesa baja con mantel de lino color marfil. Al instante, aparecieron bandejas con canapés: pequeños bocados de ceviche de langosta, tartaletas de aguacate con caviar, brochetas de pollo

especiado y crujientes de plátano con queso fundido. Todo servido en una vajilla fina, acompañado por copas de champán, y varios vinos de calidad que chispeaban a la luz del local.

Patricia tomó la primera copa y la alzó hacia mí con gesto juguetón.

— Por nosotros —dijo, con esa sonrisa peligrosa, antes de dar un sorbo largo y dejar un rastro de carmín en el cristal.

Yo también brindé, aunque más contenido, y mordí uno de los canapés mientras trataba de observar a todos los que nos rodeaban. Ella, en cambio, parecía moverse con la seguridad de quien ya estaba metida en el papel: la mujer que sabía que esa noche iba a ser protagonista.

Mientras la música subía de intensidad y los camareros seguían trayendo bandejas, Patricia se inclinó hacia mí, dejando que su escote se convirtiera en una declaración más que en una insinuación.

— ¿Ves? —me dijo, rozándome la mano con la suya—. Este sitio pide a gritos que nos dejemos llevar. Prométeme que no vas a cortarme el ritmo esta vez.

— Joder, Patri. Es la tercera vez que me lo dices. Me estás empezando a preocupar. — Lo dije entre risas, pero con una punzada de nerviosismo que me hacía mantenerme en guardia.

— ¿Hace falta que te recuerde mi promesa? — me susurró al oído dándome un ligero mordisco en el lóbulo de la oreja. No lo olvides... puede ser inolvidable...

El murmullo de las conversaciones se apagó poco a poco cuando las luces del salón descendieron hasta sumirnos en una penumbra expectante. Un foco se encendió en el escenario y, como si de pronto hubieran abierto las puertas del Caribe más exuberante, irrumpió una explosión de música: tambores vibrantes, metales brillantes, guitarras que parecían reír.

El telón se abrió y aparecieron las dos vedettes. Altas, con trajes cubiertos de lentejuelas que reflejaban la luz como un mar en movimiento. Llevaban penachos de plumas verdes y turquesas, altísimos, que se mecían al compás de sus pasos. Sus cuerpos brillaban bajo el sudor y el maquillaje, y cada giro de cadera, cada sonrisa dirigida al público, era una invitación descarada a dejarse arrastrar por el espectáculo.

Patricia abrió los ojos con entusiasmo, aplaudió y me pellizcó suavemente la pierna bajo la mesa.

— ¿Has visto? ¡Vaya nivel de espectáculo! —me dijo, dando un suave sorbo a la copa de champán sin perder detalle de lo que se desarrollaba en el escenario. Después pasó la lengua por el labio inferior, con un gesto que era tan suyo, tan provocador.

Un camarero se acercó en silencio y dejó sobre la mesa dos cócteles brillantes: uno de un rojo intenso, con un ribete de sal y un trozo de lima; el otro, verde eléctrico, servido en copa ancha con una sombrillita que parecía un guiño kitsch al ambiente tropical.

— Esto sí que es vida —dijo Patricia, tomando el verde sin preguntar y dándole un sorbo que le tiñó los labios de un brillo húmedo.

Yo probé el rojo, fuerte y dulce al mismo tiempo, mientras en el escenario las vedettes giraban sincronizadas, sus faldas abiertas en abanicos de lentejuelas que dejaban ver transparencias insinuantes. Sus pechos desnudos se mostraban erguidos. Llevaban los pezones cubiertos de brillantina, que no impedía apreciarlos en detalle. Un grupo de bailarines masculinos las rodeaba, torsos desnudos aceitados que brillaban bajo los focos. Todo era un despliegue de sensualidad coreografiada, un juego donde el exceso estaba perfectamente medido para fascinar y seducir a la vez.

Patricia se inclinó hacia mí, con el ruido de la música como excusa para acercar su boca a mi oído:

— Míralas bien... —susurró—. Están disfrutando, ¿lo notas? Eso es lo que quiero yo esta noche... disfrutar sin pensar demasiado.

Yo giré la cabeza y me encontré con su mirada chispeante, mitad traviesa, mitad desafiante, mientras levantaba mi vaso del coctel rojo y lo alzaba hacia las luces que giraban sobre el escenario antes de probarlo.

El espectáculo continuaba: más chicas aparecieron en el escenario, esta vez con trajes plateados y capas transparentes que ondeaban como alas de mariposa; después, una lluvia de confeti dorado cayó sobre las primeras filas, arrancando risas y aplausos. La orquesta en vivo empujaba la energía hasta niveles casi eléctricos, y el aire estaba cargado de ron, sudor y perfume caro.

Patricia no paraba de beber a sorbitos, con esa lentitud provocadora que convertía cada gesto en un reto hacia mí. Me acariciaba la rodilla bajo el mantel mientras bebía sonriente, completamente metida en la atmósfera del lugar.

— Admito que tenías razón al traerme aquí —me dijo en un momento, levantando el mentón con gesto sonriente—. Es la culminación a un viaje maravilloso.

La orquesta cambió de ritmo: un son cubano, alegre y descarado. Las vedettes bajaron del escenario entre giros de lentejuelas y plumas, buscando entre las mesas a quién arrastrar a la fiesta. El público chillaba, aplaudía, algunos se levantaban de sus asientos; era imposible escapar de aquella energía.

Yo apenas tuve tiempo de reaccionar cuando una de ellas, alta, con un cuerpo que parecía esculpido para la tentación, se acercó directamente a nuestra mesa. Patricia ya reía, presintiendo lo que iba a pasar.

La vedette me agarró del brazo, tiró de mí y me obligó a incorporarme medio metro. Con un movimiento ágil se sentó sobre mis rodillas, encarando al público, mientras seguía cantando con voz grave y sensual. El olor de su perfume me envolvió, dulce, fuerte, casi empalagoso. Y de pronto, como parte del número, giró hacia mí y me restregó los pechos, rozándome la cara como si yo fuese un accesorio más del espectáculo.

El público rugió. Patricia, en lugar de ofenderse, soltó una carcajada tan sonora que atrajo las miradas de varias mesas.

— ¡Madre mía, cariño! —me gritó por encima de la música, con lágrimas de risa en los ojos—. ¡Si pareces un santo al que están tentando las mismísimas sirenas!

La vedette me pasó el micrófono, y sin darme opción empezó a corear conmigo la letra de la canción. Yo, por no quedar como un palo, improvisé dos frases, desafinadas pero con aplomo. La sala estalló en aplausos y silbidos.

Patricia no podía parar de reír, disfrutando como una niña traviesa viendo a su marido expuesto en medio de aquel exceso.

La vedette, satisfecha, me dio un beso sonoro en la mejilla, me revolvió el pelo con una palmada juguetona y saltó de nuevo al escenario entre giros de plumas. Yo, en silencio, me acomodé en la silla, recuperando mi compostura con un sorbo largo de cóctel.

— Eres un espectáculo —me dijo Patricia, inclinándose hacia mí, todavía con los ojos húmedos de risa—. ¡Has estado increíble! ¿Has visto cómo te miraban todos?

— Lo he visto, sí —respondí serio, intentando sonar convincente—. Pero la única mirada que me importa es la tuya.

Ella me cogió la cara entre las manos y me estampó un beso apasionado, con sabor a alcohol y carcajadas.

La música subió de intensidad. Trompetas, bongós y un bajo que hacía vibrar el suelo. Patricia, aun riéndose de la escena con la vedette, se levantó de golpe. Su vestido con transparencias brilló bajo las luces y su melena cayó como un torbellino sobre los hombros.

— ¡Yo también quiero fiesta! —me dijo, despeinándose seductoramente.

Algunos comensales la miraron con complicidad, otros con envidia. Patricia no se dejó intimidar. Dio dos pasos hasta la pista improvisada frente al escenario y empezó a moverse con una mezcla de sensualidad y descarado que dejó a varios boquiabiertos. Un par de parejas se le unieron a su descarado baile.

Se giró hacia mí, con los brazos en alto, invitándome a unirme. Pero no me moví. Sonreí, fascinado y a la vez con esa punzada de recelo que ella siempre despertaba cuando cruzaba la línea.

Patricia, lejos de incomodarse, redobló la apuesta: se soltó del todo. Movía las caderas con un ritmo preciso, hipnótico, dejando que las transparencias del vestido hicieran el resto. Un grupo de turistas comenzó a animarla con silbidos y aplausos.

Ella, divertida, se acercó a la mesa, me rozó el hombro con la punta de los dedos y se inclinó hacia mi oído.

— ¿Sabes qué pienso ahora mismo? —susurró, con la voz cargada de alcohol y deseo—. Que si te portas bien esta noche... voy a convertirme en tu propia vedette privada.

Se apartó antes de que pudiera responder, volvió al centro, pidiendo otra canción. El cantante le dedicó una sonrisa cómplice y la banda arrancó un bolero acelerado. Patricia lo bailó sola, con una libertad tan arrebatadora que todo el mundo la miraba.

Yo bebí otro sorbo, consciente de que no podía apartar la vista de ella. Era mi mujer, recién casada, y sin embargo parecía un misterio en llamas, inalcanzable, capaz de encender la sala entera con un simple movimiento.

Cuando la canción terminó, Patricia regresó a la mesa, jadeando, con los ojos brillantes. Se dejó caer en la silla, bebió de un trago lo que quedaba en su copa y me sonrió como quien guarda un secreto.

— ¿Y bien? —preguntó, provocadora—. ¿Me vas a premiar por mi actuación... o prefieres seguir con tu compostura de caballero inglés?

— Desde luego, te mereces un premio. A ver si no te ofrecen un puesto de vedette en el espectáculo...

Ambos reíamos con complicidad. La música seguía retumbando, pero de pronto, entre el humo y el destello de luces de colores, los vi. Jon e Itziar estaban en una mesa lateral, medio escondidos detrás de un grupo de turistas alemanes o ingleses. Él con su eterna camisa blanca medio desabrochada, ella con un vestido corto y escotado que dejaba ver demasiado, riéndose a carcajadas mientras bebían algo con pajitas de colores.

Sentí una mezcla de sorpresa y tensión recorriéndome el cuerpo. Patricia seguía recuperando el aliento, aún excitada por su improvisado show en la pista. Me incliné hacia ella, bajando la voz.

— Mira quién está ahí —le señalé con un gesto discreto, lo bastante sutil para que nadie más lo notara—. ¿Te suenan?

Patricia giró la cabeza y, en cuanto los vio, sus labios se curvaron en una sonrisa cargada de ironía.

— Vaya, vaya... —murmuró, con un brillo malicioso en los ojos—. El destino es un bromista, ¿no crees?

Yo pedí otra copa, como para ganar tiempo, y luego me decidí.

— Ve a invitarlos a algo —le dije, intentando sonar natural, aunque por dentro me carcomía una incomodidad difícil de disimular—. No quiero que esto parezca incómodo ni que piensen que les evitamos.

Patricia me miró como si acabara de darle la llave de un juego perverso. Se relamió el labio inferior, tomó su copa y se levantó despacio, exagerando cada movimiento de cadera.

— Invítalos a que se unan a nosotros.

Para mi sorpresa, se volvió a sentar negando con la cabeza.

— No, Fer. No... de verdad. No creo que sea una buena idea.

— Patri, hablo en serio. Además, creo que les debo una disculpa. No te preocupes. Estoy seguro. Quiero hacerlo.

— Fer, hemos empezado el viaje con mal pie, y lo estamos acabando genial. No lo estropeemos a última hora. Sería una pena.

Me callé, la besé y le acaricié el cuello. Una parte de mí se negaba a dar aquel ridículo paso. Tal vez estaba tentando a la suerte. Yo sabía los efectos que causaba el alcohol y la fiesta en Patricia, ya lo había visto la otra noche. Pero yo también estaba achispado por el alcohol, y ver a Itziar me excitó.

— ¿De verdad quieres pedirles que se unan a nosotros...? —me miraba extrañada, con una expresión incrédula— ¿Quieres eso? ¿En serio...? Después de lo que pasó la otra noche...

— Insisto... —le dije tomándola de la mano.

Jon e Itziar nos miraban desde su mesa. Con la distancia que nos separaba, no nos podían oír, pero creo que sabían de lo que estábamos hablando.

— No me apetece. ¿Estás bobo?

— Sí no vas tú iré yo. Tú verás... —insistí de nuevo sin soltarle la mano.

Se me quedó mirando con los ojos algo entornados evaluando hasta dónde era una propuesta real y hasta donde podría tratarse de una prueba. Volvió a mirar a la pareja vasca, que ahora estaban centrados en el espectáculo.

— Entonces iré yo. —La besé con suavidad en los labios.

- ¿Por qué lo haces? ¿Tratas de ponerme a prueba? No será una condenada trampa para después acabar echándomelo todo en cara. ¿No? —Sus ojos ya no transmitían la sensación de duda o inseguridad, y volvían a ser los ojos fríos de la Patricia de siempre.
- No seas tan mal pensada. Nunca te tendería una trampa así. Creo que tenías parte de razón la otra noche. Entre otras cosas, creo que tal vez sea el momento. Rodeados de belleza, de lujo. Mañana cogeremos un avión, y volveremos a nuestras rutinas, y creo que, si no surge hoy, no surgirá nunca. En el fondo, lo deseas, y creo... que yo también.
- No es tan fácil. La otra noche surgió de forma natural. Hoy es diferente. Es posible que no quieran. El otro día fuiste bastante grosero...
- Razón de más. Me disculparé con ellos.
- Díselo, Patricia. De verdad... —le besé la mano y la volví a mirar fijamente. Ella negó con la cabeza.
- Lo siento. No quiero hacerlo.

Asentí. Me levanté y empecé a caminar hacia la pareja, que enseguida fueron conscientes de que iba en su dirección.

- Espera, Fernando. Lo haré yo. ¿Qué les digo?
- La verdad... Que mañana nos marchamos, que no me gustaría que se llevasen una mala impresión de mí y que me encantaría invitarles a una copa.
- No me puedo creer que quieras hacerlo.
- Me atrae Itziar. No soy inmune a la sensualidad. Pero prefiero ser yo quien vaya a hablar con ellos. Yo fui quién lo estropeó el otro día. Deja que lo intente arreglar. Ahora vengo...

Retomé el camino de su mesa. Jon me miraba con curiosidad ante la escena que estaba viendo. Le hizo un gesto a su mujer, que dibujó una sonrisa. Cuando estaba a menos de tres metros de ellos, me volvieron a asaltar las dudas. ¿Era eso lo que yo quería? Si llegaba a pasar algo aquella noche, tal vez no sería capaz de sobrellevarlo. Dudaba de mi capacidad para ver a Patricia en brazos de otro, o de otra...

Pero ya no había marcha atrás. Jon se levantó con una sonrisa algo forzada, aunque Itziar no se movió, pero me miró con intensidad. Clavó sus pupilas en las mías durante varios segundos, tratando de analizar mis intenciones.

- Buenas noches, chicos —dije con tono conciliador—. Solo quería... disculparme por lo del otro día. Las cosas se me fueron de las manos y reaccioné mal. No era justo para vosotros y lo estropeé todo.

Jon me hizo un gesto caballeroso con la mano para que me sentase con ellos.

— Explícate...

— Bueno... La otra noche estuve bastante grosero, y querría disculparme. Estaría encantado de invitaros a una copa.

Jon me sostuvo la mirada un par de segundos, como calibrando la sinceridad de mis palabras. Después asintió lentamente.

— Se agradece el gesto —respondió, con voz más cálida de lo que esperaba.

Itziar entrelazó los dedos con los de Jon, sin quitarme los ojos de encima.

— ¿La copa aquí o en otro lugar? — Preguntó Itziar apoyando la mandíbula en la mano en un gesto que la hizo parecer, si cabe, más atractiva.

— Aquí... o en la villa. Dónde preferáis.

— ¿Y Patricia? ¿Qué opina ella? — Preguntó Jon.

— No está segura. Supongo que después de mi reacción del otro día le preocupa que pueda volver a pasar.

— Lógico. — dijo Itziar incisiva.

— Lo he estado pensando. Creo que podré con la situación. — Traté de ser lo más convincente posible, pero me estaba costando.

— ¿Crees? — preguntó Jon — Esas cosas no se creen, Fernando. Se saben.

— Nunca me había visto en una situación como esa. No fue fácil para mí. Os pido que lo entendáis.

Jon e Itziar se miraron. Ella se me acercó seductora y me dijo:

— Vamos a hacer una cosa. Jon y yo lo vamos a hablar. Si decidimos ir con vosotros, nos acercaremos a vuestra mesa. ¿Te parece bien?

— Sí, claro — contesté algo descolocado — Os esperamos allí... si os apetece.

Me levanté algo inseguro. Patricia me miraba fijamente, con esa sonrisa que mezclaba travesura y advertencia. Me hizo un gesto con los ojos. Cuando me senté junto a ella, dio un sorbo lento a su cóctel antes de preguntar:

— ¿Y bien? —murmuró, inclinándose hacia mí.

— Me han dicho que lo hablarán, y si los dos están de acuerdo, vendrán a la mesa.

Patricia soltó una carcajada baja, llena de sorna.

— Ay, amor... —susurró mientras sus uñas rozaban el borde de mi mano—. Tú siempre tan correcto, y yo deseando ver cómo arde la pólvora. ¿Sabes lo que has hecho, verdad? —me dijo con voz baja, apenas audible por encima de la música—. Es posible que acabes de abrir la caja de los truenos.

La miré sin apartarme.

— Lo sé. Pero también sé lo que quiero: experimentarlo todo contigo. Lo bueno, lo malo, lo que nos asuste y lo que nos haga temblar. Lo que no quiero es que... si aceptan venir... se nos vaya de las manos.

Ella soltó una risa suave, apoyando su codo en la mesa y acercando la cara a la mía, tan cerca que casi me rozaba con sus labios.

— Ya, cariño... —susurró, ladeando la cabeza—. Tú con tu obsesión por el control. Siempre midiendo, siempre poniendo límites.

— No es eso, Patri —respondí con calma, aunque mi voz sonó más tensa de lo que esperaba—. No te estoy cortando las alas. Solo te pido que no se des controle todo.

Patricia arqueó las cejas y su sonrisa se volvió descarada.

— Pero si precisamente lo interesante está en el descontrol —bromeó, mordiendo el borde de su copa con picardía—. Tal vez la gracia esté en dejarse arrastrar, en no pensar, en olvidarse de las reglas.

— Eso es justo lo que me da miedo —admití, apoyándome hacia ella para que mis palabras quedaran en un susurro—. No perderte.

Patricia me miró de arriba abajo, como si quisiera grabar mi expresión en su memoria. Luego me acarició la mejilla con la yema de sus dedos.

— Tranquilo, amor —dijo con tono más suave, casi meloso—. Si yo me pierdo, lo haré contigo.

Yo acerqué mi boca a la suya y la besé suavemente, intentando mantener el tipo mientras veía cómo sus ojos brillaban con esa mezcla de alcohol, deseo y peligro.

Patricia me apretó el muslo bajo la mesa cuando vio a Jon e Itziar aproximarse entre las mesas del local. Había una luz roja que bañaba el pasillo central, y entre la música de percusión y los cócteles que ya nos habían soltado la lengua, la atmósfera estaba cargada de electricidad.

— Vienen hacia aquí —susurré, con el estómago encogido.

Ella sonrió despacio, como quien ve cumplirse un deseo.

— ¿No es lo que querías? ¿No te irás a echar atrás ahora? Relájate de una vez. —Su tono era firme, sin asomo de broma. Me lo dijo mirándome a los ojos, con esa seriedad peligrosa que tan bien le conocía.

Yo respiré hondo, intentando no dejar traslucir mi incomodidad. El recuerdo de la otra noche en la villa me quemaba todavía.

Jon fue el primero en hablar al llegar a nuestra mesa.

— Bueno, parece que el destino insiste en juntarnos.

Patricia ladeó la cabeza, con esa elegancia felina suya, y replicó con una media sonrisa:

— El destino... o las ganas.

Itziar rio suavemente, aunque sus ojos estaban fijos en Patricia, recorriéndola con descaro de arriba abajo. El vestido de Patri, con esas transparencias que dejaban volar la imaginación, parecía haber sido escogido justo para ese tipo de mirada.

— Estás... impresionante —dijo Itziar, sin rodeos, mientras se sentaba a mi lado pero sin apartar la vista de Patricia.

— Gracias —respondió Patricia, bajando apenas la voz—. Tú también estás preciosa.

Jon intervino, mirando a Patricia con una sonrisa ladeada:

— Me alegro de que nos hayamos encontrado. La otra noche terminó un poco... abrupta, ¿no?

Patricia le sostuvo la mirada, con un brillo en los ojos que me encendió todas las alarmas.

— Lo abrupto a veces deja ganas de más.

Noté un calor recorrerme el cuello. Intenté meter baza, aunque me costaba mantenerme calmado.

— Es nuestra última noche aquí, y queríamos marcharnos con buen sabor de boca. Lo de la otra noche no salió bien...

Patricia me cortó suavemente, sin mirarme, como si sólo hablara para ellos:

— No os preocupéis. Esta noche todo fluirá mejor.

Jon e Itziar se miraron entre sí, con una complicidad evidente. No hacía falta que dijeran nada más; las insinuaciones ya habían empezado a llenar la mesa como una nube densa, envolvente.

Yo me removí en la silla, nervioso. Patricia lo notó, porque me rozó la pierna con la suya bajo el mantel y, sin apartar su sonrisa de los vascos, me susurró:

— Tranquilo, cariño... no pienses tanto. Déjate llevar.

Y juro que lo estaba intentando. Sin duda, había sido una decisión difícil de tomar. Pero yo intuía, o sabía, que era el desenlace que tenía que llegar... lo que realmente me asustaba. Sabía que era lo que Patricia deseaba, aunque no lo expresara. Y había decidido arriesgarlo todo y abrir aquella puerta.

Jon susurró algo al oído de Itziar y ella, con una sonrisa cómplice, asintió apenas. Entonces él se puso en pie, se acercó a Patricia y se inclinó sobre ella. La besó con una intensidad que me dejó helado. No fue un roce tímido ni un gesto ambiguo: fue un beso pleno, seguro, como si aquel instante les perteneciera sólo a ellos. Sus lenguas se entrelazaron en una escena casi pornográfica.

Lo más desconcertante fue que Patricia no se apartó. Muy al contrario, lo recibió con los labios entreabiertos, con una pasión que se reflejó en el modo en que llevó la mano a la nuca de Jon, atrapándolo contra ella como si temiera que aquel momento se desvaneciera demasiado pronto.

Yo permanecí inmóvil, la sangre golpeándome en las sienes. Itziar me observaba directamente, sin pestañear, con una intensidad que me atravesaba. Su mirada era escrutadora.

Jon fue un paso más allá, e introdujo la mano por el escote de Patricia tocándole un pecho. Mi mujer gimió levemente, y como si él hubiese activado un resorte, llevó su mano a la bragueta del pantalón de Jon frotándola con lentitud, ajena a todo lo que la rodeaba, como si hubiesen estado solos en la villa.

Itziar no hizo nada por interponerse, más bien al contrario: sus ojos parecían dedicarse exclusivamente a estudiar mi reacción, como si todo aquello fuese parte de un juego que solo ella y Jon comprendían del todo.

Sentí que el corazón se me iba a salir por la boca. Miré a mi alrededor, temiendo que alguien pudiera haberse percatado de la escena. El salón estaba lo bastante animado para cubrir aquel secreto, pero mi incomodidad era evidente.

Jon se separó finalmente de Patricia. Los labios de ella aún temblaban, sus ojos echaban fuego y su sonrisa era peligrosa. Me miró apenas un segundo, y en esa mirada había un desafío silencioso: como si me preguntara si pensaba detener aquello... o si, al contrario, iba a dejarme arrastrar por la corriente que a ella ya la había engullido.

Jon se volvió hacia Itziar, buscando en su gesto una confirmación. Ella negó con la cabeza suavemente, sin dejar de sonreír, con esa complicidad serena de quien sabe perfectamente hasta dónde llegar. Fue un simple movimiento, pero en él había toda una conversación muda, la certeza de una pareja que llevaba mucho tiempo recorriendo esos límites juntos.

Entonces Jon nos miró de nuevo, más serio.

— Lo siento, de verdad —dijo con una calma que contrastaba con la tensión que aún flotaba en el aire—. Pero creo que no deberíamos ir esta noche a vuestra villa.

El silencio se hizo pesado durante unos segundos. Patricia lo observaba con una mezcla de sorpresa y desilusión, mientras yo aún intentaba ordenar lo que acababa de ocurrir.

— ¿Por qué? —preguntó ella, su voz con un deje de reproche.

Jon bebió un sorbo de su copa antes de responder.

— Hay dos motivos —dijo despacio—. El primero, y quizá el más evidente, es que tu marido no está preparado para algo así. —Se volvió hacia mí, sin dureza, pero con una franqueza que dolía—. Y no pasa nada. De verdad. No todos estamos en el mismo punto, y forzar las cosas no sería justo para ninguno de los dos.

Patricia apretó los labios, cruzando las piernas con un movimiento tenso. Su mirada ardía, no hacia Jon, sino hacia mí, como si mis temores hubieran echado a perder una oportunidad única.

Jon se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, como si buscara que sus palabras quedaran grabadas con claridad.

— El segundo motivo... —hizo una breve pausa, midiendo sus palabras, y clavando sus ojos en Patricia— es que la otra noche había química. Todo fluía solo. La conversación, las risas, las copas... Todo se dio de manera natural. Esta noche, en cambio, se nota algo distinto en el ambiente. Es como si quisiéramos forzar algo que debería surgir por sí mismo. Y cuando eso pasa... suele acabar mal.

Patricia giró el rostro hacia él, con gesto desafiante.

— ¿Y qué tiene de malo intentarlo otra vez? —preguntó, dejando caer las palabras con un tono cargado de picante, como si no quisiera dar por perdida la velada.

Fue entonces cuando Itziar intervino. Había estado callada, observando la tensión crecer como quien escucha una melodía conocida, pero ahora se inclinó hacia Patricia, hablando con calma y convicción:

— Mira, Patricia —dijo, sin apartar la mirada de ella—, para meterse en algo así una pareja debe tener muchísima seguridad en sí misma. No hablo de amor, hablo de confianza mutua. De saber hasta dónde llegan los límites de cada uno y respetarlos. —Sus ojos se movieron hacia mí, con suavidad, casi con ternura—. Y, con todo el respeto, es evidente que vosotros aún no la tenéis. Al menos, él no la tiene.

Sentí un calor incómodo subir por mi cuello, como si toda la sala lo hubiera oído. Patricia me miró con un destello de frustración, pero Itziar no estaba atacando, sino advirtiendo. Sus palabras, aunque duras, estaban impregnadas de experiencia.

Patricia no se inmutó. Ni un gesto de enfado, ni un reproche inmediato. Simplemente sonrió con esa media sonrisa suya que tantas veces me había desarmado y, alzando la copa, murmuró:

— Pues brindemos entonces... por la seguridad.

Chocó suavemente su copa con la de Itziar, después con la de Jon, y finalmente con la mía. Su tono era ligero, pero sus ojos... sus ojos estaban afilados como cuchillas.

Yo traté de relajarme, pero cada segundo me resultaba más incómodo. Ellos cambiaron de tema con cierta torpeza y al poco se levantaron. Hubo despedidas cordiales, falsas sonrisas, apretones de manos que sonaban huecos.

Cuando se alejaron entre las mesas iluminadas, Patricia siguió mirándolos hasta que desaparecieron. Entonces, sin decir palabra, bebió de un trago lo que quedaba en su copa y la dejó sobre la mesa con un golpe seco.

— ¿Nos vamos? —preguntó, sin mirarme.

El trayecto de vuelta a la villa fue un suplicio. Ella caminaba medio metro por delante, erguida, impecable, con los tacones marcando el ritmo sobre el suelo empedrado. No me dijo nada, no me dirigió una sola mirada. El silencio era absoluto, tan espeso que casi hacía daño.

Yo sentía que cada paso que dábamos era un tic-tac más en un reloj invisible. Sabía que aquello no había terminado. No... lo peor estaba por llegar.

El silencio de Patricia pesaba más que cualquier grito. No necesitaba levantar la voz para marcar un mar de distancia. Era como si hubiera cerrado una puerta invisible entre los dos.

Cuando entramos, se quitó los tacones con un gesto mecánico y los dejó junto al sofá. Después, sin mirarme apenas, dijo un simple:

— Voy a ducharme.

Y desapareció tras la puerta del baño. El sonido del agua comenzó casi al instante, amortiguado por las paredes. Me serví una copa y salí a la terraza. El calor húmedo de la noche lo envolvía todo, y la piscina reflejaba las luces tenues como un espejo inquieto. Me dejé caer en la tumbona y por primera vez desde la boda pensé que no conocía a Patricia tanto como había creído.

Siempre la había visto como arrebatadora, libre, un punto insolente incluso, pero lo de esta noche... lo de estas últimas noches... era distinto. No era solo atrevimiento: era una hambre, una sed de experiencias que yo no estaba seguro de poder saciar. Ella me culpaba del fracaso de la noche.

Me dolía pensar que tal vez su idea de “vivir intensamente” no coincidía con la mía. Para ella, todo podía ser un juego: miradas, insinuaciones, incluso un beso con otro. Para mí, en cambio, eran líneas, límites que me definían. Y mientras yo me aferraba a esas líneas, ella parecía empeñada en borrarlas.

La escuché salir del baño y moverse por la habitación, pero no vino hacia mí. No dijo nada. Esa frialdad, esa ausencia de reproche, me resultaba todavía más cruel que cualquier discusión. Porque en el fondo entendí lo que significaba: Patricia no necesitaba convencerme de nada. Ella tenía clarísimo lo que quería. Mi única dura era si yo encajaba en sus planes.

Continúa leyendo...